

las, no obstante, considerable diferencia de origen, que informa desde un principio todas sus creaciones; hija la escultura clásica de Oriente, como era hijo el paganismo griego del panteísmo indio y egipcio, déjase avasallar por la influencia del ideal calológico del Oriente, y produce esas estatuas de heroes y de dioses que constituyen legítimo objeto de nuestra admiración, pero en las cuales, si bien se emancipa la expresión espiritual de la línea material de la forma sensible, y esta línea por tanto se espiritualiza y vivifica apartándose del rígido simbolismo egipcio, no por eso dejan de olvidarse los derechos de la expresión anímica, envueltos en cierta manera de vaga indeterminación; á hacer valer estos derechos viene la escultura moderna, que fuerza es confesarlo, hija del espiritualismo cristiano, no pocas veces obcecada por el anhelo de la revancha, olvida los derechos también sagrados del elemento sensible para consagrarse al cultivo exagerado del elemento vital, que al fin ha de lanzarla, por su exclusivismo, en lamentables extravíos que precipitarán su ruina.

Hé aquí lo que es palpable en Alonso Berruguete como hijo legítimo del Renacimiento español. Danse en él por una parte las influencias del clasicismo resucitado por el estudio del antiguo, y por otra las de la sociedad cristiana en que vivía, facilítale aquél líneas y contornos y suminístrale ésta asuntos y figuras; encuéntrase á la vez en un alma el elemento sensible, la indeterminación de la expresión y la corrección de la forma griega estudiada en la academia florentina, y el elemento espiritual, la vigorosa manifestación de la expresión escultórica y el soberano desprecio de la formal belleza bebidos en los pechos de su madre.

Entonces se opera en la mente de Berruguete la armoniosa fusión de la línea pagana con la cristiana vida, y prudentemente subordinada aquélla á ésta como lo está la materia al espíritu, la traduce en sepulcros y sillerías, estatuas y relieves. No podía sacrificar el espíritu á la materia porque era español, y como español, cristiano; tampoco podía sacrificar la materia al espíritu porque era discípulo de la escuela florentina, y como tal apasionado por la naturaleza y la belleza formal; armonizó ambas tendencias, y otorgó como era natural la preferencia al elemento cristiano sobre el pagano. Empujábanle á ello de consuno su sangre española, la sociedad que le rodeaba, las exigencias del público, y el gusto de sus compatriotas.

No se crea, sin embargo, que la armonía realizada por Berruguete fuese completa, ni que en sus obras se hallasen perfectamente equilibrados el ideal clásico y el cristiano. Desgraciadamente no es así: la armonía por Berruguete realizada es incompleta; es en algún caso verdadera armonía, pero en otros muchos es más bien amalgama de heterogéneos elementos. Es en esto Berruguete digno discípulo de Miguel Ángel, que con todo su genio no supo ó no pudo elevarse á una concepción armónica de la belleza

en que ocupasen su legítimo puesto y se moviesen en su propia esfera la línea griega y la expresión cristiana. Júzguense, por ende, las dificultades de la empresa que los afiliados al Renacimiento intentaban. La acentuación de la musculatura es tributo pagado al realismo y exagerada consecuencia del reconocimiento de los derechos de la naturaleza; las caprichosas figuras empleadas como elemento de adorno por Berruguete, parto de extravagante imaginación, son sacrificio hecho en aras del elemento ideal exageradamente desenvuelto. Aparecen uno y otro exceso como desagravio artístico de la ofensa alternativamente inferida por ellos al verdadero ideal de la belleza; pero lejos de satisfacerse mutuamente se exagera cada vez más su oposición y cuando, abandonados á más profanos intérpretes, se acentúan sus caracteres, envueltos en penosa lucha, llevarán rodando al arte, por el derrumbadero de las extravagancias, al abismo de su ruina.

No culpamos por esto á Berruguete, como no culpamos á sus eminentes contemporáneos de Italia y España. Harto hicieron, y harta gloria conquistaron con intentar la armonía del clasicismo y el cristianismo en sus obras, consiguiéndolo más de una vez, si no en el conjunto, en el detalle, casi por completo; era empresa esta superior á las fuerzas de una época; cuanto más de un hombre. Lo hemos sentido ya, y lo repetimos; decir arte es decir ideal, es decir educación, costumbres, religión, filosofía, todo, en fin, lo que constituye la cultura general de un pueblo, físico, moral, é intelectual. Pues bien; la cultura, la civilización de las sociedades del siglo XVI, que salen del feudalismo para caer en el despotismo, que sienten más bien que conocen sus derechos, y vacilan á cada momento entre el dogmatismo católico y la protesta luterana, entre la democracia que nace y el absolutismo que impone, entre la naturaleza que reclama sus derechos y el espíritu que alega los suyos, entre Bacon y Descartes, entre Aristóteles y Platón, entre el principio de autoridad y el del libre examen; esa sociedad y esa civilización, ¿podían en modo alguno dar vida á una concepción armónica en el arte, ni en la ciencia, ni en la política, ni en la religión? Seguramente que no; llegarían á iniciar más ó menos acentuado movimiento en esa dirección, pero nada más: no las estaba reservado tan interesante papel por todas las edades anhelosamente apetecido y aun no logrado por ninguna, y Berruguete, con todo su innegable genio, tuvo que rendir parias al espíritu del siglo, fluctuando entre el ideal cristiano y el pagano, sin conseguirlos fundir en el crisol de su imaginación, como no lo consiguieron sus sucesores, ni siquiera sus más eminentes contemporáneos.

FERNANDO ARAÚJO.

Toledo.

NORTE Y SUR

La niña no rezaba,
acaso sin querer se distraía,
y pensaba.... pensaba,
y era humana la imagen que veía:
ella quería orar, pero era en vano;
¡ay! ¡es tan débil el esfuerzo humano!

La imagen ideal trocóse en hombre:
la niña oyó palabras celestiales,
conceptos ideales,
frases de amor mezcladas con su nombre.

Sonaron en su oído
aquellos embelesos
con la débil cadencia del quejido;
y sus dulces murmullos
parecían arrullos
con palpitante vibración de besos.

Una vieja que oyó lo que decía,
«¡qué impiedad, gran señor!», se repetía
mientras dejaba el templo poco á poco.

Y entre tanto la hermosa
murmuraba sonriente y ruborosa:
«¡Dios mío ¡qué loco es!... ¡pero qué loco!»

Los sempiternos polos de este suelo:
juventud y vejez, calor y hielo.

Toledo: Septiembre del 89.

RICARDO GARCÍA DE VINUESA.

A mi distinguido amigo

D. Federico Latorre y Rodrigo

Dicen hombres insignes, que la guerra
con rapidez hacia el progreso impulsa,
y es que nunca sintieron en el alma
la horrible realidad fría y desnuda.

Inútil objeción y vano empeño
querer hacerme ver que es muy laudable;
yo he maldecido siempre ese progreso
que hace brotar el llanto de las madres.

X.

NOTICIAS

Hemos recibido en nuestra Redacción la visita con que nos ha honrado nuestro colega *El Tajo*. A su afectuoso saludo correspondemos con el nuestro, también cariñoso, y deseamos á la nueva publicación que el público la distinga con la atención que se merece por su índole y por sus trabajos.

Hoy no disponemos de espacio para ocuparnos, como pensamos hacerlo, de algunas mejoras que hemos observado en nuestra grandiosa Catedral, y por las que desde ahora felicitamos al cabildo y á nuestro buen amigo Sr. Sangüesa.

Nuestro distinguido amigo D. Leopoldo Rich, ha tenido la inmensa desgracia de perder á su simpática y virtuosa esposa.

Al asociarnos de todas veras á su profunda pesadumbre, le deseamos el acatamiento debido á designios providenciales, que su buen juicio le aconsejará sufrir con resignación y valor.